



HISTORIAS DE UN CAFÉ

Mario alberto Dulcey

Ilustraciones de Ruiz



Coordinador editorial: Alfonso carvajalito

1^a edición: Noviembre 2020
© SoloCafe
© Ediciones Colombia, 2020
Cra 15 N° 52A - 33 Bogotá DC
www.edicionesb.com.co

Deposito legal: Hecho
Impreso por: Editorial Trillas

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de las titulares del copyright la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

HISTORIAS DE UN CAFÉ

Mario alberto Dulcey

Contenido

Introducción	11
El cultivo caturra	14
Después de un café	21
Momentos únicos	28
Mis amistades	35

Estimado amante del café...
Hoy quiero hacerte una invitación
a leer y escribir las historias
del campo colombiano mientras
disfrutas una taza de café.

Introducción

Nuestro campo tiene muchas historias que merecen ser contadas y escuchadas. Sabemos que el campo y su gente ha sido olvidada. Pero todos nosotros somos el campo. Hay algo de él en cada uno de nosotros y por eso no podemos resignarnos a dejarlo en el olvido. Somos fogón de leña, fruta fresca, y la tierra fértil curtida en las manos. Somos las historias de nuestros abuelos, los paseos a caballo y el olor de leche recién ordeñada. Somos el primer tinto de la mañana que nos da la energía para cultivar la tierra y el canto de los grillos que despiñan el día.

Por eso, queremos rendir un homenaje a nuestro campo y volver escuchar nuevamente la voz de nuestros abuelos, las historias del monte, las anécdotas de la infancia y los aprendizajes que la gente del campo nos ha dejado para la vida. Sentémonos alrededor de la fogata, dejemos que el fuego ilumine nuestras caras mientras nos tomamos un café caliente. La luna ya está encendida, las ranas y los grillos animan el cálido ambiente, el viento arrulla a los árboles y mece a los pájaros recién nacidos. Los espíritus del monte nos susurran al oído que ya es hora de contar...

**«A quien madruga un
buen café le ayuda».**

Jesus dulcey



Jesus Dulcey

74 años
Caficultor

Ha sido caficultor por más de 50 años, le gusta tomar café a pesar de que el médico se lo prohibió. Fue el primero en traer la café caturra a su pueblo.

Vereda Chisquio - El Tambo
Variedad café Caturra
Altura del café 1820 msnm





Yo fui uno de los primeros que trajo el café caturra a El Tambo. Eso fue en 1970. En ese tiempo, nadie cultivaba el café caturra, solo se cultivaba el café común mejor conocido como arábigo. La gente se dedicaba únicamente a sembrar maíz, caña y yuca para sobrevivir. Muchos tenían que migrar a otras partes a conseguir trabajo para enviarle algo de dinero a sus familias. Las mujeres se iban a trabajar en las casas de familia en Popayán y en Cali y los hombres se iban a buscar trabajo en las fincas cafeteras del centro del país.

Yo tenía 21 años cuando me fui a trabajar al Quindío con mis hermanos. Nosotros cuidábamos una finca y nos ganábamos el día cogiendo café, ayudando a lavar, haciendo todas las cosas de la casa. En la finca también cultivaban cacao y cuando se acababa el café nos quedábamos trabajando con el cacao. Con lo que nos ganábamos nos íbamos a tomar una cerveza los domingos a la plaza. El resto se lo enviábamos a nuestras familias.

Acá llegaba mucha gente de todos lados. Unos venían de Nariño, del Valle, de Antioquia y de pueblos cercanos buscando trabajo. En ese tiempo había café por todo el Quindío y como lo pagaban a buen precio. Era rentable para el patrón.

Con unas 60 arrobas uno podía comprarse un tractor. Hoy en día con 60 arrobas a duras penas uno puede comprar las llantas.

El café que se cultivaba en el Quindío era muy rendidor. Esa gente abonaba mucho los culti-



vos y el café cargaba hasta en el tallo. Uno se podía coger un cacao en uno o dos árboles. Y en el día, fácilmente uno era capaz de cogerse más de 15 cacaos. Cuando regresé a mi pueblo, decidí traer semilla para ver si acá se podía cultivar. Yo no estaba seguro si eso se iba a dar, pero lo intenté. La primera vez sembré ochocientos árboles de café en un lote de la casa y ¡qué maravilla!

A los tres años esos ochocientos árboles de café me dieron 20 arrobas. Una arroba valía 200 pesos y eso nos servía para comprar el mercado de la casa y así uno iba ahorrando para conseguir más tierra para sembrar. La plata era difícil. Había que sudarla mucho para conseguirla y no existían los miles, sino los pesos y los centavos. Había monedas de 5 centavos, 10 centavos, 20 centavos, un peso, dos pesos, 5 pesos. Uno le daba 5 centavos a los hijos para el recreo de la escuela y ellos compraban un poco de mercato.

Al año siguiente, la cosecha se duplicó, el café dio 40 arrobas. Los vecinos de las veredas cercanas me iban a ayudar a coger café y como la plata era escasa ellos poco a poco se iban haciendo su platica. Cuando el café se puso a 500 quinientos pesos, todo el mundo empezó a sembrar café. Papá Aquilino decía que la vida cara era mejor porque todo el mundo se acomodaba. Y yo no le hallaba sentido a esa frase.

Me tenía mal, porque yo pensaba que la vida barata era la mejor. Entonces cuando subió el café, todo el mundo se alborotó. La Federación de Cafeteros creó los Grupos de Amistad para sembrar café y nos traían la semilla de café caturra. Yo fui el

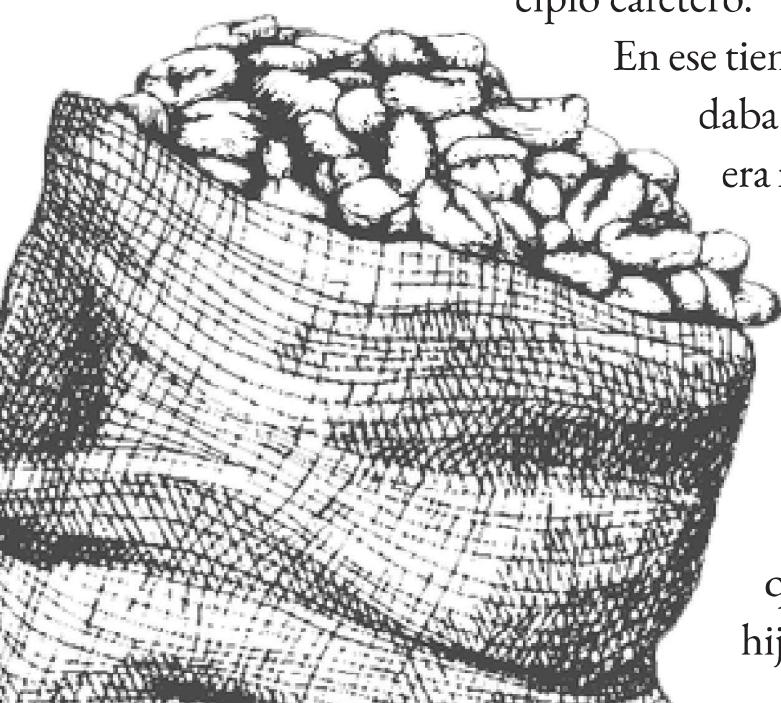


fundador de la primera asociación de café de la vereda. En ese tiempo sembramos 40.000 árboles con los vecinos que se unieron al grupo. Como yo ya tenía experiencia con el café caturra me nombraron coordinador del grupo y reemplaza al agrónomo cuando él no estaba.

Escogimos el lote en un sitio central e hicimos varias mingas para hacer el semillero. Yo tuve que repartir el café a los vecinos, entregar los informes del proyecto y llevar las cuentas de la asociación. A uno se le ponía la cabeza como una bomba de lidiar con cuentas y administrar ese proyecto. Pero al final uno termina feliz porque las cosas salen bien, y a uno le queda la satisfacción de que la gente haya seguido cultivando café hasta hoy en día.

Los que participaron en el grupo aprendieron cómo se hacía y luego cada uno hizo su propio semillero en su casa y así los cultivos empezaron a crecer. La gente de otras veredas empezó a sembrar café en cantidad y se fue regando hasta que el Tambo, se volvió un municipio cafetero.

En ese tiempo, la vereda era muy pobre, a la gente le daba pereza trabajar porque el café común no era rentable. Pero cuando llegó el café caturra, todo el mundo aprendió a cultivarlo y poco a poco la gente empezó a salir adelante. Muchos hicieron su buena casita, compraron su buena máquina de despulpar y ya uno podía pensar en mandar a los hijos a que hicieran el bachillerato, que eso era como hoy en día mandar a los hijos a la universidad. Hoy todo es distinto,



la plata ha ido cambiando, pero se ha ido desvalorizando. La comida es más cara, vestirse sale más caro y el café sigue barato. No sube.

Llevamos mucho tiempo con el mismo precio y ya no es rentable como antes. Hoy en día una arroba de café cuesta más o menos entre 75.000 y 80.000 y un jornal cuesta \$40.000. Le va mejor al trabajador que al caficultor. Es como si fuera la mitad para el trabajador y la mitad para el dueño. Pero el dueño tiene que esperar dos años para ver las primeras pepitas, tiene que invertir en la semilla, en los abonos, en los jornales de siembra y desyerba. Además, tiene que sacar de su tiempo para lavar, secar y salir a vender el café. Mejor dicho, termina debiendo más de lo que tiene.

Ahora, recuerdo la frase de Papa Aquilino que decía que la vida cara era mejor porque todo el mundo se acomodaba. Pero me queda un sinsabor porque muchos ya no nos podemos acomodar a esta situación. La tierra está cada vez más cara y es muy difícil comprarse un terrenito. La papa está cara, el arroz está caro. La vida va para arriba y nosotros los que trabajamos con el campo, que hemos sembrado café durante años no nos hemos podido acomodar.

